

De la desaparición de la ciudad

Vilém Flusser en conversación con Hubert Christian Ehalt.

Ehalt: Estimado Sr. Flusser. Existe una tendencia que es discutida en las ciencias sociales y en la planificación urbana y que se refiere a la pérdida del espacio público. Antiguamente la política, el ser cotidiano y la celebración tenían lugar en la calle; estos elementos de la vida comunitaria han ido retrocediendo cada vez más. Las calles y las plazas se han ido transformando en superficies para el tránsito, y se está pensando de qué manera poder revitalizar los espacios públicos. Esta es una cuestión respecto del clima de la ciudad, pero seguramente una cuestión para los individuos que viven allí. ¿Serán estas propuestas de discusión, las cuales que quieren revivir las viejas formas, por ejemplo, a través de pequeños puestos de vendedores que se abren en las calles, locales de ferias, músicos callejeros, comerciantes, etc., una nostalgia sin sentido alguno? ¿Dónde ve usted las oportunidades y las tendencias del desarrollo?

Flusser: Quisiera en primer lugar referirme al origen de la ciudad pues es ahí donde está el origen de esto. La ciudad se originó hace cerca de 10.000 años atrás con el tránsito del nomadismo a la sedentariedad y, en verdad, junto a las orillas de ríos -al menos en lo que toca a la cultura occidental. Y estaba constituida, por lo pronto, por tres espacios totalmente diferentes los unos de los otros. Y esto tiene que ver con el hecho de que, la ciudad era una sala de espera para la maduración de la siembra. Nosotros podemos considerar a la ciudad como una sala de espera -hoy día quizás en el sentido de la espera por la muerte, sin embargo originariamente se trataba de una espera por la cosecha. Y existían los tres espacios siguientes: en primer lugar había una colina sobre la que se ubicaba un silo de granos, puesto que los granos debían ser protegidos contra las inundaciones. Esta colina, la acrópolis, era el espacio sagrado que los griegos habían denominado "*demenos*". Sobre ella se sentaba un vigía o guardia que vigilaba los frutos, y puesto que tenía una muy buena perspectiva, muy pronto devino aquél en un sacerdote, en un rey sacerdotal y finalmente en Dios. Debajo de la colina se halla el espacio donde se reúnen la gente, para acarrear el grano hacia la colina o para volver a repartirlo. Este espacio fue denominado por los romanos el "foro", por los griegos el "ágora" y nosotros lo llamamos actualmente la "república". A esta república nos llevaban caminos en los que hallábamos casas privadas que fueron denominadas por los griegos "oikoi", por los romanos de un modo más violento "la res privata", lo que significaba "la cosa que se recorta de la sacralidad y de lo público", y que hoy podríamos describir como "el espacio privado".

Esta estructura básica de la ciudad ya no es más válida, puesto que el espacio sagrado ha entrado a ocupar un segundo plano. A pesar de que cierta gente diga que los bancos y las estaciones eran el espacio sagrado del siglo XIX y que el espacio sagrado del siglo XX sea, en Francia, quizá, el Centro G. Pompidou; pero, no voy a entrar en ello en estos minutos. De todos modos, el espacio sagrado no funciona de un modo adecuado desde a lo menos 200 años. Si usted mira, por ejemplo, en Viena, el Stephandom, entonces reconocerá la degradación del espacio sagrado porque se le antepone a él, ahora, una casa o edificio que es más alta que él. El espacio público y el espacio privado se han mantenido por siglos. Como usted sabe, Hegel exaltó este fluctuar entre ambos espacios como un principio fundamental de su "Fenomenología del Espíritu". Él dijo: "Uno abandona el espacio privado y va al espacio público para conquistar el mundo, y uno se pierde entre tanto. Luego se regresa desde el espacio público a la casa para reencontrarse y se pierde en ello el mundo". Él denominó a esto "la conciencia infeliz". Si la separación entre el espacio público y el privado ya no está claramente definida, perdemos según Hegel la conciencia. Está

separación se hace ya insostenible desde el comienzo de la así llamada revolución de las comunicaciones. El espacio privado está definido y el espacio público ya no lo está. El espacio privado está definido por medio de muros y techos, y en los muros hay dos tipos de agujeros: las ventanas y las puertas. La ventana es un agujero para mirar hacia fuera –por tanto según la teoría “uno vería la republica sin mojarse”- y la puerta es un agujero para el compromiso. Uno pasa a través de ella, para participar en la república, para ir a buscar algo y llevarlo a casa, o para conquistar algo. Uno pasa por la puerta, para publicitar (algo) o para prostituirse, lo que equivale más o menos a lo mismo, pues “prostituere” significa “exponerse”. El espacio público es también el espacio donde se puede hacer lo que se quiere. Incluso la corrupción se halla contenida en la república. Pues el espacio público, el ser comunitario –en inglés >the commons< o >the green<- está ahí para ser robado. Los españoles han instalado por ello al “conquistador”, el que está allí para los asaltantes y las putas, pues en la medida que uno se expone se pone a disposición del otro. Un publicista es, por lo mismo, a la vez un ladrón y una puta, y lo mismo vale también para el político, cuyo lado putesco y ladronesco puede ver clara y distintamente. Para ello es que sirve la puerta, mientras que la ventana está ahí presente para mirar noblemente hacia fuera.

Ahora bien, ambos agujeros tienen empero una dialéctica interna. A través de la puerta pueden entrar, por cierto, la policía, lo que significa el espacio público y puede entrar también la política. Frente a esto uno tiene que cuidarse en la medida que se instalan cerraduras y llaves, las que después de todo pueden ser desarrajadas. A través de las ventanas pueden mirar los vecinos. A consecuencia de esto, también, la teoría es vista desde el punto de vista de la política, como una cosa dudosa. Esto que yo le he descrito a usted ahora es válido hasta los tiempos de la Segunda Guerra Mundial. La política fue siempre algo peligroso que amenazaba a los hombres y que se mantuvo a raya mediante el espacio sagrado. Las excusas para el espacio público, para la política, rezaban que se tenía que publicar, esto es, haber llevado información elaborada en casa para la plaza del mercado, y que uno solamente podría tener informaciones si se salía del espacio privado y se la conquistaba, robaba, compraba o lo que fuere. Todo esto, hoy, no cuenta, porque los muros como también las puertas han sido perforados (durchlöchert) por cables y antenas, de modo que ahora las informaciones fluyen al interior del espacio privado. Usted recibe todas las informaciones transmitidas directamente a la casa sin tener que moverse. No tiene sentido ir más al concierto, al teatro o a la escuela. Con ello el espacio público y la ciudad han perdido toda justificación. Esa es la base aquí; ahora, me puede seguir preguntando.

Ehalt: O sea, de una cierta manera la vida tradicional hasta la Segunda Guerra Mundial había sido construida sobre muchas formas de la vida colectiva, de la familia, de grupos, de partidos. En verdad, todas las culturas tradicionales lo fueron hasta bien entrado el siglo XX. También los estilos arquitectónicos expresaban posturas valóricas de colectividades que mantuvieron su validez a lo largo de muchas generaciones. El desarrollo que estos hubieron caracterizado condujo a una situación en la que toda vivienda es algo terminal y con ello hay una pérdida total de la colectividad que viene a expresarse en las relaciones personales. Ya no existe, en absoluto, un sentido para lo público.

Flusser: Quiero hacer notar que con su argumentación usted tiene siempre en mente la ciudad occidental. Tiene razón usted que la palabra “colectividad” es ambigua, pues puede significar por un lado la comunidad en donde no existe ninguna individualidad, y por otro lado una masificación en la que los individuos son triturados por una masa.

Originariamente una calle de pueblo tenía dos lados y a cada lado se le adscribía un animal totémico, los que entre ellos era tabú. Esto significaba que a uno no le estaba permitido

casarse dentro del ámbito del animal totémico propio, sino que uno tenía que cruzar la calle para ir a buscar una mujer, por lo que la calle servía para el intercambio sexual. Esto corresponde a una estructura matriarcal.

Luego esta organización tribal fue reemplazada por otras colectividades, pero cuanto más se desarrollaban estas colectividades, más independiente se hicieron los individuos. Y surgió una conciencia – yoica, cada vez más clara, hasta que finalmente en el siglo XIX se perdió lo colectivo y, en lugar de eso, surge una masa, una individualidad pulverizada. Usted lo formuló con el ejemplo de las viviendas individuales: cada uno de nosotros está sentado en su cuadrado de cemento y recibe y almacena las raciones, sin poder enviar por sí mismo ningún tipo de información. Bajo esta circunstancia no se puede hablar más de “colectividades” sino que el ser humano deviene parte de un supraorganismo.

Usted tiene en mente siempre a la ciudad europea; contrario eso, la ciudad norteamericana y la sudamericana no poseen ningún espacio público, sino un colosal y gigantesco espacio privado. Cuando la masa pulula por las calles eso no puede ser descrito como fenómeno político, sino como uno popular. Pero “populus” no en el sentido de pueblo, sino lo que aquí se alude es a la chusma.

Ehalt: Una pregunta incidental. Yo creo que con respecto a la historia social europea se podría decir que en la sociedad preindustrial ha habido, en verdad, solo un espacio público y que las casas, sin embargo, eran partes pequeñas de un espacio público mucho mayor. De todos modos, no consistían solamente en estos firmes muros con los dos agujeros dentro. La separación entre la casa y la calle era en efecto muy fluida y fluctuante, ambas eran partes de un espacio público mayor que culminaba entonces en las celebraciones o en manifestaciones políticas. ¿Podría decirse que por el encapsulamiento de la sociedad burguesa en Europa y por de su retirada hacia los pequeños y delimitados espacios privados, el espacio público se ha disolviendo lentamente? ¿Existe la tendencia de que el espacio público en general se disuelva –tal como usted lo ha caracterizado por medio de la ciudad norteamericana y la sudamericana?

Flusser: Quisiera referirme en particular a la palabra clave suya de “sociedad burguesa”. La revolución burguesa comenzó en el norte de Italia, y si contemplamos una ciudad italiana como Lucca o Mantua, tenemos allí típicamente el modelo de una ciudad occidental. Al observar desde dentro hacia fuera encontramos una Piazza del Duomo, la plaza central. Este es el espacio público en el que se ubica la torre (Dom), por tanto, el espacio sagrado. Además encontramos allí también las Ragione, el edificio del príncipe y el vecindario, los oficios (Ufficci). Estos tres poderes – el arzobispo, el príncipe y el vecindario - conforman el centro. En éste desembocan concéntricamente las diversas calles de los gremios artesanales. Existe la calle del zapatero, la calle del mercenario, etc., en las que las casas estandarizadas están allí paradas con muchos pisos. En la planta baja se halla el taller con el maestro y los dos aprendices; en el segundo piso vive el maestro con su esposa y sus niños, donde la maestra cocinera cocina para toda la casa; en el tercer piso estaba la reserva, allí vivían el viejo maestro y su señora. Esa era la estructura de la sociedad burguesa antes de la revolución. El maestro iba con su obra a la plaza del mercado y la ubicaba de un lado de ésta. Por la muralla, que se extendía en torno a la ciudad, circulaban diariamente los hombres hacia el interior, e instalaban sus frutos del otro lado de la plaza del mercado. Y entonces se presentaba el arzobispo, quien daba el visto bueno a las mercaderías y determinaba el *Pretium justum*, esto decir, fijaba el precio de las mercaderías escogidas. Su función consistía en instaurar la justicia en la república, en el sentido de la Iglesia. La revolución de los ciudadanos consistió en que ellos destituyeron la autoridad del

arzobispo y, en lugar de ello, introdujeron la cibernética del libre mercado, por tanto, la ley de la oferta y la demanda. A través de esto, los ciudadanos asumieron el gobierno de la ciudad. Por lo que prontamente devino de la ciudad un *centro storico*. Alrededor de la ciudad, detrás del muro, apareció una nueva ciudad, en la cual ya no queda en absoluto ningún espacio público más, sino únicamente casas privadas para los ciudadanos y los campesinos que se mudaron a la ciudad para trabajar en las máquinas. Es cierto que hay grandes avenidas que conducen al centro de la ciudad, pero ya no es más el verdadero espacio público. Yo creo que la ciudad italiana lo muestra esto muy bien.

Viena no es tan diferente. Viena es, en este sentido, es más una ciudad italiana que una alemana, porque aquí también hay una Piazza del Duomo, y hasta un cierto grado también un *centro storico*. Y en lugar del muro, tiene usted esta ridícula calle circular. Yo creo que Viena es en este sentido mucho más interesante que ciudades equivalentes como Praga o Manchen. Una excepción es Paris, sobre la cual hablaré de forma más expresa.

Ehalt: Ahora estos desarrollos que usted ha caracterizado se han realizado en Europa entre las regiones y las capas a una velocidad desigual, y ha habido por siglos un colorido espectro de desfases temporales. En Viena se puede realizar un paseo que vaya desde los espacios medievales hasta los espacios actuales, y lo emocionante y vital en ello es que aún se conservan algunas de esas mentalidades. En un circuito así uno se encuentra mentalidades del medioevo, del mundo feudal del siglo XIX y del café vienés burgés del siglo 19 y 20. Pero esto se ha perdido y probablemente ha desaparecido casi totalmente en muchas de las ciudades norteamericanas. ¿Existirá alguna posibilidad de una contra maniobra, de una conservación de esto o simplemente el café vienés es ya cosa de museo?

Flusser: No puedo adentrarme de una manera precisa en la argumentación vienesa, puesto que respecto de esto no poseo experiencia suficiente. Pero en Francia existe un sentimiento de la ciudad, que se ha descrito con la expresión "metro", "boulot", "dodo". Esto significa: que se toma el metro, se saca la vuelta y luego se va uno a dormir. Este es el ritmo de la ciudad, en el que no existe en absoluto ningún espacio político. Frente a ello nos queda el vagar por las calles. Usted sabe que el vagar (flanieren) en Paris es la base de toda una literatura. Este vagabundear es, por así decirlo, una negación personal de la dinámica del "metro, "boulot", "dodo". No sé si exista en Viena literatura al respecto, pero yo quisiera contraponerle a esto una otra ciudad, a saber, la ciudad de Nueva York. En Nueva York existe una despolitización de largo alcance. Allí se ha desarrollado algo que uno no puede describir ni con el término privado ni con el de política, sino que tal vez podría llamársele >show<. La ciudad se ha transformado en un teatro, en una serie de presentaciones y eso es lo excitante, lo vertiginoso. La vida se nos va en Washington Square, en Village y en Bowery. Extrañamente el teatro se han convertido en Nueva York en el centro de la ciudad.

Ehalt: En Viena existe la Donauinsel, la así llamada otrora región de las inundaciones. Este espacio para nada definido arquitectónicamente se lo habían apropiado diversos grupos como, por ejemplo, el movimiento naturalista y los no conformistas políticos. Al minuto de hacer una instalación para la protección contra las inundaciones se estableció allí un gran centro de actividades de recreación, lo que en un sentido similar se ha ido transformando en un gran escenario. Las escenificaciones se han ido de alguna manera concretando.

Tengo también otra idea. Cuando observo el trabajo cultural vienés veo, entonces, que en lugar de las colectividades que se fueron perdiendo como las culturas populares, las ligas, y los grupos de canto, ha entrado la escenificación privada, íntima y personal. Y entiendo esto

también como una oportunidad ¿Es esta la tendencia a la que se ha empujado a la ciudad de Nueva York hace diez años?

Flusser: ¿Sabe? Yo tengo otra mirada de Viena que la suya, puesto que provengo de afuera. Viena es en su núcleo una ciudad romana; las excavaciones que pueden verse delante de Hofburg son del siglo I y II d. C. El núcleo de la ciudad es este *castrum* cuadrado románico, y entorno a él se configuró una ciudad genuinamente medieval en la que se reconoce la autenticidad de la clase burguesa, ya que si se va más allá comienza la cosa a desvirtuarse en kitsch y en ostentación. Los edificios son demasiado poderosos y da la impresión de un barroco importado de España o Italia. Viena quiere ser una cuarta Roma, pero no le resulta, porque es sólo un Lemberg agrandado. Hay algo balcánico en ella.

En este instante me hallo en un café vienés. El café vienés es algo totalmente distinto que el café parisino. Allí se entra para debatir, para discutir sobre filosofía o pintura. El café parisino es efectivamente el sustituto de un espacio público, allí uno se aturde y el ruido llega hasta la calle, respectivamente hasta la acera. Se trata por tanto de una prostitución como corresponde al espacio político. En Viena, sin embargo, la gente se cierra, se sientan detrás de un cafecito y de un vaso con agua, leen el periódico y nadie le habla al otro. Esta reserva marca al café vienés y es totalmente lo contrario de un café latino. Cuando usted entra a un café vienés se le suele decir a uno “en esta mesa empezó Freud a escribir su libro sobre la interpretación de los sueños”, “en esta mesa empezó Hitler a escribir su libro *Mein Kampf*”. Cuando usted va a París, por el contrario, se le suele contar que aquí Camus le dio una bofetada a Sartre, que allí fue cantada la Marsellesa por primera vez, que allí fue declarada por primera vez la independencia de la corona. Ahí reina una tradición totalmente distinta.

Ehalt: Pero también en el “Vormärz” café vienés era el lugar para la planificación de la Revolución de 1848, si bien esta función se ha de volver a perder con el neoabsolutismo. En los años 50 fue nuevamente un lugar de los literatos. La función política ha sido descartada del café vienés, pero no la discusión.

Flusser: Viena es un fenómeno extraordinario pues es una ciudad frontera. Es una ciudad que no pertenece verdaderamente a occidente y que a pesar de eso, por lo menos, dos veces ha sido el centro de occidente, a saber, a fines del siglo 18 y en el tránsito del siglo 19. en el 20., y hasta entrados los años 20 de este último siglo.

No puedo explicarme como es que al inicio de este siglo Viena fue tan rectora respecto de la música, como en la matemática, como en la filosofía, del mismo modo que en ciertas ciencias naturales y en la psicología.

Ehalt: Una explicación podría ser quizás la mezcla de culturas que no tuvo lugar en ninguna otra parte de esa forma. Aquí vivieron durante siglos españoles, italianos, franceses por lo que el lenguaje cortesano y urbano de la elite no era el alemán. En el siglo XIX fue un crisol con muchas culturas...

Flusser: En París, sin embargo, no hay ningún hombre que hable en francés. Allí viven polacos, italianos, árabes, negros –ahí tiene usted una mezcla aún más salvaje. París fue también un centro y lo es hoy todavía hasta un cierto grado. Si bien, no como creen los parisinos. Extrañamente el centro de la cultura se ha trasladado de París a Colonia. Esto es para mí algo misterioso. ¿Por qué Colonia? Quizás venga a ser hoy, otra vez, Berlín. Mucha

gente apuesta nuevamente por Berlín. Pero yo creo que todo esto son sólo señales de que la ciudad se está muriendo.

Ehalt: Yo quisiera volver una vez más al espacio público. Muchas cosas hablan a favor de la tesis iluminadora de que la política ha perdido significado por estas fuertes tendencias al aislamiento y a la individualización, a la disolución de las colectividades en las cuales se discutía y hacía la política. Todo esto ha ido retrocediendo fuertemente después de 1945 y luego de 1968 en una medida particularmente fuerte ¿Cómo interpreta usted los acontecimientos de Europa del Este de 1988/89, donde repentinamente el espacio público se convirtió en el lugar de la política?

Flusser: Yo creo que esto se lo puede aclarar técnicamente. En occidente la red comunicacional está muy bien trabajada. Usted ya no tiene que salir más de la casa para informarse y teóricamente tampoco lo ha de hacer para comunicarse con los otros. La red telefónica es buena, hay telefax y Minitel, en occidente el espacio público ya no es necesario. Pero en Oriente no existía, hasta ahora, una red así. Existían centros, que irradiaban sus mensajes y en la otra punta se sentaban los destinatarios, los que no se hallaban conectados unos con otros. Para suprimir este plan de conexión la gente tuvo que producir de alguna manera lazos transversales, y esto es lo que da el aspecto como si fuese política. Los destinatarios que entraron en contacto unos con otros tejieron en verdad una red para adecuarse a la situación occidental. Estoy convencido que la ciudad en occidente está condenada a desaparecer en un plazo de 100 a 150 años. Y, por cierto, no por la suburbanización, sino por la telepresencia. En el tercer mundo se han de agrandar estos colosos quizás por un tiempo más. Pero la cantidad es un enemigo de la ciudad, porque si se sobrepasa el límite de 20 millones de habitantes ya no se puede hablar verdaderamente de una ciudad. Sao Paulo tiene 16 a 17 millones de habitantes y a pesar de ello yo no la denominaría más "ciudad", porque no existe un centro de la ciudad y tampoco existe una periferia. La ciudad se ve por doquiera igual, a saber, rascacielos y entremedio chozas. Habría que encontrar una nueva palabra para ello y yo propondría: >hormiguero<.

La ciudad no es, en verdad, ningún campo de actividad, sino de pasividad. La ciudad no es ningún lugar donde se negocie, sino donde se sufre. Yo creo que el comercio es siempre una cosa del pueblo. Sabe, yo le voy explicar la diferencia entre la ciudad y la aldea desde mi propia autobiografía. Yo viví durante 32 años en Sao Paulo y ahora vivo hace 20 años en un pueblo de 300 habitantes.

Ehalt: Una diferencia la dan justamente las velocidades. Existen investigaciones sobre las velocidades en Sao Paulo y en un pueblo pequeño.

Flusser: En lo que toca a la velocidad debo contarle un chiste: Dos personas están paradas una frente a la otra en Sao Paulo, en dos lados distintos de la calle, y el uno le dice al otro: "¿Cómo es que llegaste al otro lado?", en lo que el otro le responde: "Yo nací aquí".

Quiero mencionar todavía que en la editorial alemana Suhrkamp va a ser publicado un libro con el título "La ciudad y el intelectual", en el que conocidas personas escriben al respecto de alguna gran ciudad. Hay una contribución mía sobre la ciudad de Sao Paulo. En total hay alrededor de 50 ciudades de fama mundial, entre ellas también está la ciudad de Viena.